

## ARTIGOS DE ATUALIZAÇÃO OU DIVULGAÇÃO

---

### 5 - CONFLUENCIAS: BREVE COMENTARIO SOBRE DIALOGOS ENTRE ARTE Y TERAPIA DE EVA MARXEN

*Cristóbal Vallejos Fabres*<sup>8</sup>

#### **Presentación:**

El día Sábado 24 de marzo del 2012, en ocasión de la Inauguración del año académico del Programa de Especialización de Postgrado en Terapias de Arte: mención Arteterapia de la Universidad de Chile. Se presentó, en Santiago de Chile, el libro: **Diálogos entre arte y terapia. Del “arte psicótico” al desarrollo del Arteterapia y sus aplicaciones**” (Gedisa, Barcelona 2011).

La presentación estuvo a cargo del teórico del arte profesor *Cristóbal Vallejos Fabres*.

#### **Confluencias: Breve comentario sobre Dialogos entre arte y terapia de Eva Marxen**

Escrito por: *Cristóbal Vallejos Fabres*

Para Eva Marxen el Arte, y sobre todo el Arte contemporáneo se presenta como una manifestación cultural compleja. Digo esto pues, a poco andar en su libro **Diálogos entre arte y terapia** (Gedisa, Barcelona 2011) encontramos reflexiones de gran economía textual y quizás, por eso mismo, una profundidad reflexiva que emerge con potencia.

Ya en las primeras páginas la autora nos introduce en la dinámica del Arteterapia y específicamente nos enfrenta a la figura del Psicótico: en él, observa Marxen, la emergencia del Real lacaniano se posibilita, acechando la propia estructura del paciente, acercándolo peligrosamente a la debacle personal que trae consigo el ser testigo de lo ominoso, UNHEIMLICHE, que debiendo permanecer oculto ha sido develado. Es en este contexto donde Marxen, guiándose por el estudio de casos celebres, observa la presencia del arte como una manifestación que recompone estructuras fisuradas: cumple una función estabilizadora, recompone el entramado simbólico fracturado, en mayor o menor medida, por el propio horizonte vivencial del paciente. Aquí, la manifestación artística emerge como una suerte de potencia organizativa que frena, en cierta medida y en el mejor de los casos, la caótica energía libidinal descontrolada que, pugnando por fugarse, daña en su paso al propio individuo que la contiene.

Marxen establece claramente la figura de la sublimación en Arteterapia como esta suerte de re-encauzamiento de una energía libidinal des-controlada. La autora da cuenta también de la importancia del concepto en la terminología lacaniana: la sustitución de la relación con otro y la instalación, en su lugar, de una alteridad esencial. Como bien sabemos, desde el psicoanálisis clásico en adelante, la estructura individual del sujeto moderno está marcada por la relación con una otredad que permite la propia configuración identitaria. Cuando esta identificación entra en crisis, la obra de arte, o mejor dicho el carácter procesual -que es lo relevante para el arteterapeuta- de la labor de arte, pretende ocupar la vacancia obligada que ha surgido luego de la escenificación crítica que domina la vida del paciente.

En esta suerte de Decálogo del Arteterapia, la autora deja claramente establecidas varias cuestiones relativas a la práctica terapéutica: en relación su ética, Marxen destaca el coeficiente político alojado en este espacio de contención-sanación, aludiendo a la gravitante relevancia de los movimientos micropolíticos que permiten fracturar la opinión común que el paciente encuentra fuera del espacio de confianza, que debe procurar cimentar el terapeuta. Es de esta forma que, en ocasiones, la figura del especialista se recorta por la línea de demarcación que separa lo público de lo privado: lo público, para el padeciente, en estos casos específicos, parece presentarse como lo amenazante, lo caótico, lo agresivo, lo invasor; ante aquello, nos dice Marxen, el terapeuta debe priorizar la intimidad, la elaboración de una progresiva y consistente confianza, la restauración de los lazos que, el mundo exterior, ha dañado o simplemente devastado. Es aquí donde el arteterapeuta puede encarnarse como una de los últimos bastiones de resguardo de una intimidad hurtada; hurtada por el devenir cotidiano del mundo actual.

Dentro de esta función del terapeuta, Eva Marxen observa la aparición de la obra de arte como un fenómeno lleno de posibilidades; para efectos de la Terapia, la obra de arte es considerada como un objeto transicional, vale decir, como un objeto en lugar de otra cosa, a saber, la obra de arte se presenta como objeto que simboliza, que señala una falta en última instancia: la falta o ausencia del objeto primario. La obra de arte al interior de esta escena de contención, pero también de características analíticas, operaría como un verdadero

---

<sup>8</sup> Licenciado y Magíster en Artes con mención en Teoría e Historia del Arte, Universidad de Chile. Docente Programa de Arteterapia. U. de Chile. Correo electrónico: [cvallejos30@gmail.com](mailto:cvallejos30@gmail.com)

espejo; espejo que se sirve de una cierta realidad doliente (la del paciente) para reflejar la propia figura de quien la observa; la obra de arte entonces se erige como una apuesta en donde el terapeuta funciona como guía (nunca como crítico) para orientar ciertos aspectos claves insertos en la propia obra que, en última instancia, darán pistas a su propio hacedor respecto de sus propias configuraciones enigmáticas. Con esto aparece en la obra una dimensión muy reconocida en el campo del arte contemporáneo, a saber, la posibilidad fluctuante del aparecer de la obra, o si se prefiere, siendo siempre ella misma, la obra de arte será siempre una distinta frente a las diversas miradas de la que es objeto. En relación a esto la autora realiza el guiño teórico a la concepción heideggeriana de la obra de arte: esta puede ser comprendida como aquella emergencia anómala que nos encamina hacia la verdad; señala el claro de bosque en donde el mismo Heidegger asistió al develamiento de la esencia del Dasein, la emergencia de su carácter proyectivo, la verdad inmutable en donde la obra de arte opera con su potencial de aperturidad.

Sin embargo, el terapeuta debe atender, no solo a esta dimensión filosófica de la obra de arte. De considerar al proceso artístico, a su vez, como un producto histórico de un sujeto particular. Es aquí donde la autora realiza un giro notorio hacia la sociología del arte, en especial la sociología de Bourdieu: el terapeuta debe considerar el contexto de producción, no solo de la obra sino que (y deberíamos agregar ante todo), el contexto de producción del propio productor de la obra, por ejemplo, indagar sobre el habitus que constituye histórica y políticamente al sujeto padeciente.

Como es sabido, Eva Marxen maneja espléndidamente las cuestiones relativas al campo del arte contemporáneo. Prueba de aquello es la detenida reflexión que realiza acerca de la ausencia de lo bello en el arte contemporáneo; apunta y construye la problemática simbólico-filosófica que esto trae consigo, es decir, configura una suerte de “vocación por lo horroroso, una vocación por lo siniestro” que vendría a ser una de las marcas características de cierto tipo de arte actual. Marxen complejiza el planteamiento, recurriendo nuevamente, al psicoanálisis lacaniano: lo bello para Lacan, parafraseo a la autora “es la segunda barrera que nos separaría del deseo radical”, es decir, y considerando que la primera barrera que resguarda al sujeto es el sentido del bien, lo bello es aquello que, a cada momento nos salva de desear lo que, paradójicamente consistiría en un cese absoluto de todo deseo. Lo bello nos salvaría de la auto-aniquilación absoluta que siempre estará del lado de la sustancia deseante que todo lo desea. El motor de todo deseo es siempre un deseo excesivo, que no contempla la permanencia ni siquiera de quien lo experimenta ¿puede haber experiencia de aquel deseo radical? Respondiendo en negativo, comprendemos más a fondo la labor, brillantemente descrita en el libro, del terapeuta: contener, re-direccionar aquella vocación que, pudiendo estar presente en los pacientes, de ser capitalizada sin transición alguna, acabaría con ellos mismos; una suerte de finta a una especie de vocación imposible por lo Real.

Avanzando en el texto, Marxen se detiene en la institución arte. El MACBA Museo de Arte de Barcelona es la parada obligada. Junto a una marcada política de exhibición que se caracteriza por una masificación de corte benjaminiano, el MACBA persigue una paradójica expansión de la receptividad artística, un esfuerzo por romper los márgenes tradicionales de la institución del arte, emanado de la propia institución artística. Paradoja a la que nos tiene ya más que acostumbrado el campo del arte contemporáneo. El punto de inflexión de este análisis aparece cuando se pone en evidencia el rol sustituto que cumple el MACBA: sustituto de labores propias de un Estado que, en tanto se precia de tal, delega con intención o por omisión, en una institución artística, el asistencialismo social en materias de salud y educación, de la cual la propia autora aparece como agente de acción.

Finalizando el texto aparece el arte, representado por 3 artistas contemporáneos: Sophie Calle, Wodiczko y Ligia Clark. Debo señalar que la autora visita las producciones de estos artistas desde la óptica del Arteterapia, es decir, las examina en tanto que útiles modelos para aplicar en la terapia actual. Todas y cada una de las manifestaciones visuales destacadas en el texto conjugan de muy buen modo lo que podríamos llamar una vocación artística, una vocación política y una vocación social o como dice la autora, una vocación, político-artístico-clínica. De este modo, el texto entrega al lector diversas estrategias provenientes del campo del arte: desde el modo en como se otorga voz al silenciado social (Sophie Calle), aquel silente crónico que solo posee el cuerpo marcado por la experiencia cotidiana de la calle, pasando por la re-sensualización del cuerpo marginado y anestesiado por la caótica sobre-estimulación del orden circulante de un capitalismo incesante (Ligia Clark), llegando a las dinámicas del arte relacional y el propio riesgo que, en términos sociales y políticos ellas comportan, Eva Marxen ha agrupado aquellas prácticas, es cierto, desde el horizonte de la Arteterapia, pero su escrito es capaz de señalar el componente ético-político que debiera estar presente en toda manifestación artística que opere al interior del tardo-capitalismo global. Esta última idea, creo, difícilmente puede ser resistida en la actualidad, sobre todo tendiendo en consideración el sustrato político que, continuamente desarticula y desmoviliza los últimos esfuerzos comunitarios de organización. Como señalara Zigmunt Bauman –La Modernidad Líquida. Buenos Aires, FCE, 1999- todo indica que, al interior de nuestro tiempo, la propia figura de la comunidad esta en retirada, los propios lazos humanos son los que se licuefactuan al punto de parecer desechos, convertidos en espejismos, una especie de existencias melancolizadas al extremo. De cualquier modo, al parecer, tanto para los arteterapeutas como para algunos artistas contemporáneos, la cuestión radica en reconstruir y reconfigurar una experiencia hurtada a los sujetos; hurto acontecido por el propio sistema que sin embargo proporciona las claves de la restitución.